

# *Soy nadie*

*Autora*

---

*Etna Miró Escobar*

*Accésit*

---

*Categoría A • 14-18 AÑOS*

2017

*Autora*

---

## **Etna Miró Escobar**

**Lleida, 2001**

*Actualmente cursa tercero de Estudios Literarios en la Universidad de Barcelona. Ha sido galardonada en los últimos años con numerosos premios literarios, tanto en castellano como en catalán, entre los que destacan el XLV Certamen Literario María Agustina de Lorca, accésit del III Certamen Joven de relatos cortos Tigre Juan, XXIX Premio Luis Landero, XVIII Concurso de Cuentos Noble Villa de Portugalete, además de ser de ser primera finalista del Premio Jordi Sierra i Fabra 2017. Ha sido fundadora del grupo Joves Lectors Catalans, fue miembro del grupo de fomento de literatura juvenil de la Biblioteca Pública de Lleida (Pòker de llibres), institución con la que sigue colaborando, y publica regularmente en la revista Liberoamérica algunos de sus relatos, además de mantener activo su blog personal. En 2020, uno de sus relatos, Reina del miedo, fue incluido en la antología de jóvenes escritores Luciérnagas, publicada por Cometa Editorial. <http://etnamiro.blogspot.com/>.*

# SOY NADIE

*Etna Miró Escobar*

**L**e dolía la cabeza. La música, a todo volumen, agredía sus oídos y martilleaba sus sienas asestándole golpes impenitentes en cada centímetro de su ser a la vez que una sensación creciente de ahogo la dominaba. Resonaban ritmos duros, rápidos, estridentes.

Tenía que salir de ahí. Sí, debía hacerlo, pero ¿cómo? Sus ojos se alzaban en busca de una vía de escape solo para toparse con los cuerpos de su alrededor, que, en frenética danza, la engullían. ¡Basta! A fuerza de determinación en su movimiento y resolutivos ademanes, empujando, sin remilgos, a quien se interponía en su camino mientras refunfuñaba entre dientes, consiguió abrirse paso, al fin, entre la multitud asfixiante, hacia la salida, iluminada por las mismas luces de neón violetas que, una hora antes, le habían dado la bienvenida.

El exterior... Ya estaba fuera.

Un vientecillo rozó las mejillas de Alessia y jugueteó con su cabello. El frío le recordaba el calor sofocante del sitio que había dejado atrás y la hacía sentirse inconmensurablemente aliviada.

Cuando su jadeo cesó, echó una ojeada al lugar: no se veía a nadie, tan solo unas motos mal aparcadas y latas de cerveza desparramadas,

aquí y allá, por un suelo en el que algunas hierbecillas, silvestres y débiles, osaban crecer entre manchas de asfalto. La música retumbaba como el eco de una cueva aún cercana, mas suficientemente distante como para no ser ya un peligro.

¿Y ahora qué haría? ¿Volver a entrar? Solo pensar en ello la sacaba de quicio, le producía un temblor, ganas de llorar. Un inoportuno escalofrío le recordó que, en cualquier caso, hubiera sido mejor coger el abrigo y no ponerse medias, que hubiera sido mejor desoír el consejo de sus amigas. Ojalá

-se dijo- no se hubiera vestido como quien no era; ojalá -se repitió- se hubiera puesto sus deportivas, sus tejanos, su sudadera en lugar de esos ingratos tacones que obstaculizaban sus pasos, en lugar de esa falda metalizada que la hacía sentirse semidesnuda, en lugar de ese fino jersey que la dejaba a merced del tiempo otoñal. ¡Craso error! Tenía que volver a casa - concluyó con firmeza.

-Hola.

Alessia se giró rápidamente ante la voz desconocida y vio al chico, a unos metros de ella, despeinado y con expresión abatida y cansada. Y, cual si su propia imagen hallara reflejo en el espejo nítido de aquellos ojos, Alessia lo supo: supo que ella también estaba despeinada; tan despeinada, abatida y cansada como él.

-Hola -respondió la muchacha con la mirada fija en su interlocutor.

El joven se aproximó unos pasos. Parecía que tuviera miedo, como si le ganara el temor de que un solo gesto suyo, mal interpretado, pudiera provocar la desaparición de Alessia.

-¿No vuelves a la discoteca? -le preguntó ella, incómoda en aquel silencio que parecía un baile de pensamientos inacabados y preguntas por hacer.

-No; estoy... harto de la música tan alta y... la cabeza me daba vueltas... Las luces me marean, ¿sabes? La verdad, no sé por qué he venido. La cosa es que tengo ganas de volver a mi casa, pero, por aquí, no pasan autobuses y lo cierto es que me da reparo regresar solo por la carretera.

-Yo también quiero irme a casa -susurró ella con una tenue brisa de palabras que, sin embargo, fueron captadas, de inmediato, por el muchacho.

Unas motas de alegría chispearon en sus ojos y, tras dar un paso hacia Alessia, dijo, llevado de un súbito entusiasmo:

-¡Pues vayamos juntos!

La joven enarcó las cejas. Nunca confiaba en extraños y menos salidos de un lugar como ese en unas horas como esas. No obstante, tras volver sus ojos hacia la discoteca, descartó declinar la singular propuesta.

-¿Cómo te llamas? - preguntó , por el contrario, esbozando media sonrisa.

- Álec.

-¿ Y cuál es tu signo del zodiaco, Álec?

-Tauro - descolocado por la pregunta, con todo, la respuesta de él fue rápida.

- Yo soy Alessia, una Aries. Nos llevaremos bien.

-¿Crees en esas cosas? -la expresión de Álec denotaba un genuino desconcierto.

-No, era broma -repuso Alessia mientras reía mostrando los dientes y achicando el rabillo del ojo. Y, en aquel mismo instante, Álec supo que podía confiar, cual serendipia, en aquel encuentro, en aquella chica; supo que su sonrisa transparente, aclarada con agua y pintada a la acuarela, era sincera.

Ambos empezaron a caminar hasta que llegaron a la carretera asfaltada y los incómodos tacones de Alessia quemaron, con rudeza, sus pies. Sus pasos eran coordinados y sus sombras, inexistentes, pues la negrura todo lo invadía, a modo de monstruo goloso, y apenas permitía distinguir las rayas blancas que dividían la calzada. Cada instante que seguían andando, más lejos quedaban las luces de la discoteca y más se aproximaban las de la ciudad, que, como faro de costa, dibujaban el horizonte de aquella noche septembrina.

-Espera un segundo, por favor, Álec. Me desharé de estos artilugios demoníacos -Alessia se quitó los tacones y notó cómo sus pies, liberados, gozaban del roce del aire.

-¿Por qué estabas en la discoteca? -inquirió él, repentinamente, ahora ya con los ojos abiertos, de par en par, como ventanas en un día de verano.

-Podría preguntarte lo mismo, Álec -sonrió, pizpireta, Alessia. Le hacía gracia que él fuera curioso, preguntón.

- Responde tú primero, he hecho yo antes la pregunta.

La muchacha dejó escapar un suspiro y sus labios, con grietas mal camufladas por el pintalabios, exhalaban un vaho de humo que corrió a unirse al helor reinante. Cuando era pequeña -le acunó el recuerdo- jugaba con el vapor del frío e intentaba cazarlo como si fuera una burbuja portadora de alguna maravillosa hada guardiana de un secreto.

-He ido porque era la primera vez. Mis amigas me insistían en que el ambiente de discoteca era genial. A mí no me apetecía, pero me sentía tan fuera de lugar si continuaba negándome... Así que hice un esfuerzo para encajar. Pero en cuanto he traspasado el umbral y he visto lo que había... No es para mí. Yo no me divierto así; no sé bailar, ni beber, ni coquetear, ni fumar. No sé ser normal... - Alessia, dubitativa, se detuvo.

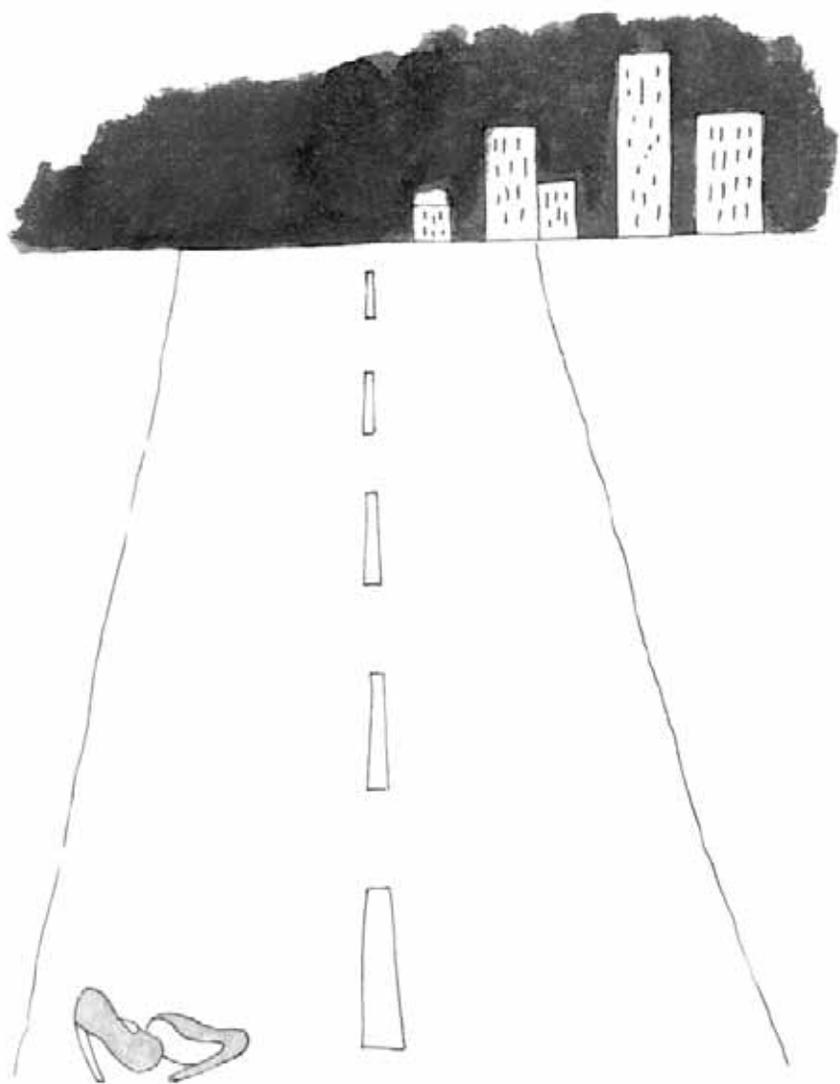
Quizás había dicho ya demasiado. Observó que Álec tenía los ojos fijos en los tacones que ella portaba en las manos, entregados al balanceo como traviosos duendecillos en un columpio.

- Sinceramente, yo tampoco encajo en ese tipo de sitios -confesó el chico- . Vengo para no quedarme solo, pero no lo disfruto.

- Bueno es saber que hay otro como yo -declaró Alessia.

-¿ Y cómo te diviertes tú?

Le miró directamente a los ojos y no detectó, en ellos, rastro alguno de ironía; no percibió ningún riesgo de ser objeto de mofa. Álec -intuyó Alessia era un muchacho sencillo, sin entresijos ni cavilaciones malévolas. ¡Qué arrolladora resultaba su falta de doblez! Por primera vez en mucho tiempo, la chica se sorprendió de poder



expresar en voz alta, sin reservas, lo que pensaba, lo que, dentro suyo, sentía.

-Leo poemas y me los apunto en una libreta. Tomo el té. Doy de comer a las ardillas del parque y pienso; dibujo al carboncillo y hago pasteles de crema...; así me divierto yo.

-¡Caramba! A mí también me agrada reflexionar. Y el té y las ardillas. Y, por supuesto, me encantaría ver tus dibujos o probar tus pasteles. Pero con lo que más disfruto es con los poemas. Leo mucho a Dickinson. Mas nunca me había atrevido a decírselo a nadie, sé que no lo entenderían.

El arrebol cubrió el rostro de Alessia. ¡Los poemas de Emily Dickinson! Y, pese a la imperante oscuridad, le hizo adivinar una luz en el interior de esa otra alma solitaria con la que compartía camino. Ahora, andar a su lado le producía una placentera sensación que hubiera deseado poder alargar indefinidamente.

«Ojalá la ciudad no se acercara a medida que caminamos», gritaba su interior. Y cada nuevo paso que daban Alessia se sentía más ridícula con aquella falda; incluso sin tacones, su frivolidad la aprisionaba. A modo de revancha, con la palma de la mano, se frotó, adrede, la cara, hasta notar cómo todo el maquillaje se escurría por los intersticios de su piel.

- Sí, ha sido la primera vez, pero tendré que volver tarde o temprano. Tendré que fingir que me lo he pasado bien. No me gusta beber y no me gusta ligar. No me gusta ser la Alessia de allí dentro, aunque solo haya sido por una hora -acertó a decir, compungida, mientras una pequeña lágrima pugnaba por abandonar sus párpados-. Ha sonado patético, lo siento.

- No, qué va. Yo, cuando salgo de la discoteca, respiro. Y, además, ¿por qué deberíamos ser normales? ¿No dicen también que debemos ser nosotros mismos? ¿O es que eso únicamente te lo puedes permitir si eres igual a todos los demás? En ocasiones, cierro los ojos y sueño con que el mundo es de otra forma - musitó Álec antes de que sus palabras, hechas hálito, se diluyeran en la negrura.

-Nos tratan como si fuéramos un rebaño, como si solo nos debiera importar lo superfluo -se unió a la protesta Alessia-. ¡Pues yo no

quiero ser una mercancía! Nos empujan a comprar, a hablar de tonterías, a dejar pasar los días sin plantearnos nada.... Y, cuando nos paramos un momento a pensar qué queremos hacer de nuestras vidas, nos apremian como si fuera pecado detenerse.

Álec fijó su mirada en el rostro de Alessia. A pesar de la lobreguez del bosque que envolvía la carretera, podían adivinarse los tiznes, esparcidos por la cara de la muchacha, dejados por el pintalabios y la sombra de ojos, y sintió que, por alguna razón cuyo motivo se le escapaba, era reconfortante saber que, bajo aquellas capas de pintura, se escondía la verdadera Alessia; esa chica, apasionada por los poemas de Dickinson -elocuencia hecha ademanes, etérea nefelibata- , que alimentaba las ardillas.

Una rabia se acrecentaba en el interior de la muchacha que le hacía marcar sus pasos cada vez con más fuerza. Sentía la necesidad de hacer algo, de rebelarse contra todo y lanzó los zapatos contra el asfalto con tanta vehemencia que los tacones se desprendieron. Álec rompió a reír a mandíbula batiente mientras prorrumplía en aplausos.

Por un momento, las carcajadas de los dos, abriéndose paso en el silencio de la noche, embriagaron a Alessia con una balada capaz de acompañarla para siempre. Un calor se agolpó en sus dedos y, tomando el calzado del suelo, lo lanzó con virulencia hacia el espesor del bosque. Uno y otro joven percibieron su quedo choque, unos metros más allá, contra un tronco de abedul.

-¡Qué puntería! -celebró él.

Y sus risas al unísono constituyeron su propia discoteca. No había, en ella, presiones ni agobios, y sí lugar para recitar poemas de Dickinson y lanzar zapatos no deseados; espacio para poder ser diferentes, simplemente, porque no existía la obligación de ser todos iguales.

- «Soy nadie. ¿Tú quién eres?» -declamó Alessia, devenida rapsoda por arte de ensalmo, con unas mejillas que desbordaban, de nuevo, de vida.

-«¿ Tú también eres nadie? Ya somos dos entonces. No lo digas: lo contarían, ¿sabes?» - siguió Álec, ilusionado, echando la cabeza atrás, con risueño semblante.

-«Qué tristeza ser alguien, qué impudicia -como una rana- decir tu nombre -todo el santo junio- a una charca admiradora» -completó Alessia , con rutilante expresión de felicidad.

Y, roto el conticinio, ambos se adentraron en las luces de la ciudad.